

haya muchas de espíritus puros?, (1).

De estas palabras del P. Feijoo, no solamente se ve que en nada afectan á la habitación de los globos sus condiciones biológicas, sino que además se desprende de ellas un poderosísimo argumento en favor suyo, en cuanto que es muy lógico que, basados en lo que conocemos, admitamos una *humanidad colectiva formada por un séquito no interrumpido de humanidades individuales, asentadas en todos los grados de la escala de la perfección.*

(1) P. Feijoo, *Cartas eruditas*, tomo II, carta 26.

CONCLUSIÓN

Hemos terminado nuestro pequeño trabajo. En él no hemos hecho más que apuntar las ideas, porque no nos propusimos un trabajo magistral. Además, de este modo hemos creído que nuestro libro sería útil para los hombres de ciencia, los cuales fácilmente pueden ampliar y desarrollar nuestras teorías, y útil para el pueblo, que no está generalmente dispuesto para dedicarse á extensas y difusas lecturas.

Decimos que creemos será útil para todos, pues estamos persuadidos que habiendo llegado ya á tal grado de evidencia la cuestión de los astros habitados, es conveniente que en lo sucesivo forme parte de la educación científica en todos los ramos del saber humano. De ella debe hablarse ya á los niños en las escuelas primarias; de ella deben ocuparse las aulas de filosofía, y esta

cuestión no debe omitirse en las clases de teología, sino que debe destinársele un lugar preferente en el tratado de *Deo Creatore*. A todos los que se dedican á alcanzar la ciencia hay que abrirles de par en par el gran libro del Universo, para que en sus páginas, que son los innumerables mundos estelares, lean que la vida en sus variadas manifestaciones ha reinado en ellos en lo pasado, ó reina al presente, ó reinará en el porvenir. Allí leerán que tal vez algunos globos, habiendo cumplido su destino las familias que los poblaran, ruedan solitarios, semejantes á casas ruinosas ó tierras desoladas en donde han perecido sus moradores, esperando acaso nuevas transformaciones y nuevas razas. Allí leerán que otros han llegado al apogeo de una vida lozana y vigorosa, multiplicada bajo diversísimas formas, y que reina en ellos la civilización más floreciente. Allí leerán que otros se hallan en decadencia, siendo en ellos cada vez más difíciles las condiciones de habitabilidad. Allí leerán que otros, sometidos actual-

mente á terribles revoluciones geológicas, están preparándose para recibir á su rey, á la criatura racional. Allí leerán que hay mundos de diversas edades, que unos mueren y otros nacen, que otros han sido destruidos y sus restos vagan por el espacio, y que otros se hallan en vía de formación. Allí leerán que, por extraños que seamos en la actualidad á aquellos mundos, sus habitantes son hermanos nuestros, á quienes algún día conoceremos; habitantes que, aun cuando no desciendan de Adán, son hijos de Dios, tienen un alma racional, una inteligencia, sentimientos religiosos y un mismo destino que nosotros.

Si estudiamos bien todo el libro del Universo, nuestro corazón no podrá menos de inflamarse en mil afectos de amor y de simpatía hacia aquellos hermanos nuestros que viven en los mundos del espacio cumpliendo allí su misión. Ellos son, como nosotros, operarios del tiempo que están negociando la eternidad. Conocer y amar á Dios durante la

vida temporal, para después gozarle en la eterna, es el programa que todas las humanidades de los globos tienen que realizar. El Universo es, pues, sólo una familia de peregrinos que vamos por distintos caminos á la morada del Padre universal. El fin de la criatura racional no puede ser otro que Dios. Luego todas las criaturas racionales nos hemos de encontrar, si conseguimos este fin, al rededor de su luminoso trono, en donde se estrecharán los lazos de nuestra fraternidad.

Allí, con la gracia divina, nos conoceremos todos, ¡habitantes estelares! Allí nos describiremos mutuamente las bellezas de los que fueron nuestros respectivos mundos. Nos referiremos la magnitud de los globos que hayamos habitado, sus movimientos, sus leyes, sus distancias, su constitución. Nos hablaremos del grado de cultura de sus pobladores, de su ciencia, de su historia, de sus costumbres, de las vicisitudes porque pasaron.

Pero ¿se reducirá á esto todo? ¿Será

posible que no hayamos de visitar alguna vez esos mundos brillantes, en los que desde la Tierra fijamos nuestras ávidas miradas, queriendo sondear sus desconocidas maravillas? ¿Será posible que dejemos de ver alguno, teniendo para recorrerlos toda la eternidad? Además de la visión beatífica que constituye la felicidad esencial, ¿no ha de resucitar nuestro cuerpo revestido de gloria, adornado con las dotes de agilidad, impasibilidad, claridad y sutileza? Sí, queridos lectores, así nos lo dice San Pablo escribiendo á los Corintios: *Seminatur in corruptione, surget in incorruptione; seminatur in ignobilitate, surget in gloria; seminatur in infirmitate, surget in virtute; seminatur corpus animale, surget corpus spirituale.* Este cuerpo, sujeto ahora á las alteraciones de los humores, á las inclemencias del tiempo y á un sinnúmero de enfermedades, resucitará incorruptible. Este cuerpo, ahora terrestre y feo, resucitará radiante y glorioso. Este cuerpo tan pesado para moverse, tan perezoso y débil, resucitará valiente y lleno de vigor. Este cuerpo

tan sujeto á necesidades, tan semejante á las bestias en las exigencias de la materia, resucitará espiritual. No habrá entonces estorbos para nuestro cuerpo; no habrá tinieblas; no habrá distancias. Volaremos más suavemente que los pájaros; correremos más que el vapor; seremos más ligeros que la electricidad.

¡Ah, lectores míos! entonces, entonces se cumplirán en nosotros aquellas palabras del Profeta que citamos en otro lugar: *Yo veré tus cielos, obra de tus dedos, la Luna y las estrellas que tú creaste.* Sí, yo te visitaré, ¡oh Sol brillante! sin que me deslumbren tus torrentes de luz, sin que me abraze tu calor. Yo te visitaré, ¡oh hermosa Venus! alegría de nuestros crepúsculos. Yo te visitaré, ¡oh majestuoso Júpiter! el de la eterna primavera. Yo te visitaré, ¡oh magnífico Saturno! el de los gigantescos anillos. Yo te visitaré, ¡oh benéfica estrella Polar! que has sostenido tantas esperanzas. Yo recorreré vuestras campiñas, vuestras playas, vuestros montes, vuestras llanuras, vuestros mediterráneos. Yo pene-

traré en vuestros resplandores, ¡oh fulgido Sirio! estrella la más brillante de nuestro cielo, ¡oh refulgente Orión! la más rica y maravillosa de nuestras constelaciones, ¡oh luminoso Aldebarán! ¡oh misteriosas nebulosas! ¡oh soles azules, soles de oro, soles de esmeralda! Yo admiraré los magníficos efectos de vuestros raudales de luz coloreada, y la precisión de vuestras combinadas órbitas. Todo lo veré. No tendréis misterios para mí, ¡oh creaciones opulentas del espacio! ¡oh reinos dilatados del firmamento!

Y mientras aguardamos este instante feliz y venturoso, brote de todas las esferas celestes un himno de alabanza y de agradecimiento hacia el Creador universal; resuenen en todos los globos del espacio cantares de amor, y desde todos los mundos suba hasta el trono del Altísimo el incienso de la adoración.

A. M. D. G.

ÍNDICE

A S. M. EL REY D. ALFONSO XIII.	1
PRÓLOGO.	3
CAPÍTULO I.—Estado de la cuestión.	7
— II.—El Universo	31
— III.—La Tierra	51
— IV.—El hombre.	79
— V.—El Sol.	95
— VI.—La Luna.	131
— VII.—Los planetas.	195
— VIII.—Cuerpos menores.	213
— IX.—Las estrellas.	223
— X.—La tesis.	233
— XI.—La Sagrada Escritura.	241
— XII.—La ciencia.	259
— XIII.—La razón.	279
— XIV.—Objeciones.	305
CONCLUSIÓN.	319

INDICE DE GRABADOS

Sistema planetario.	8
Porción pequeña del cielo vista con telescopio.	32
La Vía láctea.	46
Estrellas nebulosas.	47
Nebulosas vistas con telescopio.	49
La Tierra, la Luna y demás cuerpos celestes aislados en el espacio.	52
La Tierra en estado de astro gaseoso, circulando por el espacio.	56
Primeras lluvias sobre el globo primitivo.	66
Sistema solar.	96
Poros ó granulaciones de la superficie del disco solar, según W. Huggins.	98
Manchas solares.	108
Vista fotográfica de la Luna.	132
La Tierra y la Luna.	135
Paisaje de la Luna. Claro de la Tierra.	138
Paisaje lunar.	152
Cráteres y discos lunares, según Mr. Nasmyth.	154
Vista interior de un circo, según un dibujo de Mr. Nasmyth.	157
Cráter lunar después de la salida del Sol.	158
Cráter lunar antes de la puesta del Sol.	158
Bandas luminosas de Copérnico, de Aristarco y de Képler.	175

